

1 Pedro 2:1-3

¹ Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia, ² y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, ³ ya que habéis gustado la bondad del Señor.

El texto esta mañana es el comienzo del segundo capítulo de la Primera Epístola de San Pedro a los cristianos en varios países incorporados en el imperio romano, Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Pedro tiene cosas importantes que decir a ellos. Pero no hay nada tan importante como su actitud a la palabra de Dios. Es importante por su contenido, un mensaje eterno e inmutable de la misericordia de Dios en Jesucristo. Oigamos unos versículos del primer capítulo de esta carta. “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”. Una esperanza viva, una herencia incorruptible, la salvación. ¿Qué cosa más gloriosa podríamos imaginar? Y es nuestro en Jesucristo. Quizás se acuerdan de una definición que dimos un domingo a la palabra “salvación”. Es el rescate de una situación desesperada. ¿De qué nos rescató Cristo, de qué nos salvó? ¿Qué es la diferencia entre el estado cristiano y nuestra forma de andar antes? Dice que debemos andar de esta forma: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: «Sed santos, porque yo soy santo”. Dice: “sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”. Ignorancia, vana manera de vivir. ¿Son cosas deseables? Seguro que no. ¿Hay posibilidad de escapar? Ni todo el oro y la plata en el mundo nos podría rescatar de la ignorancia espiritual y de la vana manera de vivir que es natural a todos los hombres. Hablamos la semana pasada de las palabras de Cristo: “El que hace pecado es esclavo del pecado”. Es una esclavitud que lleva al hombre a la muerte. Gracias a Dios que el Cordero sin mancha tomó nuestro lugar en la muerte y nos rescató, dándonos la promesa de la vida eterna. ¿Pero cómo escapamos de la ignorancia y de nuestra vana manera de vivir? ¿Cómo recibamos la nueva vida? Somos renacidos “no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y

permanece para siempre, porque: «Toda carne es como hierba y toda la gloria del hombre como flor de la hierba; la hierba se seca y la flor se cae, mas la palabra del Señor permanece para siempre». Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1.23–25).

Nuestra manera de recibir los grandes beneficios de la salvación es la palabra de Dios, la única cosa que permanece sin cambio para siempre, la única fundación segura de nuestra fe.

¿Qué son las implicancias de tal liberación? ¿Cómo se cambia nuestra manera de vivir por llegar al conocimiento de la verdad, por ser librados de la ignorancia?. Encontramos una respuesta en el primer versículo de nuestro texto: “Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia”.

Si somos renacidos, si nuestra vida anterior se caracterizó por muerte, esclavitud, ignorancia, y una vana manera de vivir, que nuestra única manera de escapar de esta situación era un renacimiento a una vida nueva, reformada, completamente y esencialmente diferente de la vida en esclavitud al pecado, ciertamente evitaremos todo lo que distinguió esa vida anterior.

Hay muchos que no reconocen la verdad de la vida natural del hombre. Pero en esta lista de las cosas que el cristiano evitará tenemos una descripción divina del corazón del hombre sin Cristo.

Malicia es la primera palabra. Significa vileza, motivos de querer todo lo bueno para nosotros, a pesar de las consecuencias para nuestro prójimo. Incluye todas las transgresiones de la Segunda Tabla de la Ley, o sea, los últimos siete mandamientos. Esta malicia se caracteriza por el egoísmo, la actitud que está escondida detrás de cada transgresión contra nuestro prójimo. Se caracteriza por hacer los deseos derechos, la ventaja de uno mismo la única consideración en decisiones éticas, decisiones sobre el conducto. Hace de uno mismo el centro del universo. La malicia no es solamente el robar, es la codicia que lleva a uno a robar. No es solamente la acción de matar, sino también el odio, el enojo, el deseo de venganza que lleva a uno a la tentación de matar o hacer daño a otra persona. No es solamente la acción de la desobediencia a los padres, sino la actitud de no honrarlos como representantes de Dios en nuestras vidas que nos lleva a desobedecer las palabras de los padres y las madres.

¿Cómo está el corazón del hombre natural? Preguntamos: ¿No determina muchas veces nuestras acciones lo que yo quiere, lo malo que otro me ha hecho, no hago muchas veces a mí mismo el centro de mi universo, pase lo que pase con el prójimo?

¡Qué diferente Cristo! Sin pensar nada en su dolor, su sufrimiento, y lo malo que somos nosotros los hombres, escogió morir por los impíos como un cordero sin mancha. Qué amor a nosotros los indignos que él pagó la culpa de todos nuestros pecados, rescatándonos de un estado que llamábamos vida, pero que espiritualmente era la muerte.

Si Cristo nos amó hasta sacrificar su vida por nosotros a pesar de nuestras grandes ofensas en contra de la ley divina, ¿no tenemos ahora un nuevo

centro para nuestra vida? Qué ingratos estaríamos si no amáramos al que nos amó tanto. ¿No puede la experiencia del amor quitarnos nuestro propio egoísmo y falta de amor? Es a Cristo a quien amamos, pero en una vida de servicio es en nuestro prójimo que encontramos a Cristo. ¿Es posible amar al enemigo, al que nos hace mal? Cristo lo hizo, y nosotros éramos los enemigos.

¿Podemos engañar al prójimo si andamos en la luz del Dios que se caracteriza por la verdad? Cristo dijo: “Yo soy la verdad”, y ¿qué comunión tiene la verdad, o un hombre encontrado por la verdad, con la mentira? ¿Qué lugar tiene la hipocresía en nuestras vidas? Si no hubiera malas intenciones, ¿qué necesidad hay que cubrir los verdaderos motivos de nuestras acciones? Si Cristo nos dio las riquezas incorruptibles del reino del cielo, ¿qué lugar tiene la envidia en nuestras vidas? ¿No ha sido bondadoso para con nosotros al darnos los tesoros de la vida eterna? Y si no vemos ya al prójimo como una amenaza a nuestro propio bienestar, ¿qué necesidad hay que hablar mal de él, de destruir reputaciones, de mentir sobre otra persona? ¿Será fácil quitar todas esas prácticas de nuestras vidas y amar unos a otros entrañablemente, de corazón puro, como dice el primer capítulo? Todos hemos experimentado que no. La vieja naturaleza de egoísmo todavía está dentro de nosotros. ¡Cuántas veces no hemos caído de nuevo en nuestra vana manera de vivir, vana porque, en fin, no resulta en nada bueno para nosotros ni para nuestro prójimo! Ignorancia porque cerramos los ojos tantas veces y pensamos que la única manera de salir bien en este mundo es cuidar nuestra propia ventaja y nuestros propios deseos. ¿Quién hay que no tiene que arrepentirse diariamente apareciendo indigno ante el trono de la gracia buscando de nuevo el perdón de un Dios gravemente ofendido?

Diariamente necesitamos poner en práctica el significado de nuestro bautismo, como lo expresa Lutero: “Este bautizar con agua significa que el viejo hombre en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y morir con todos los pecados y malos deseos, y en cambio debe resucitar diariamente el hombre nuevo, que viva eternamente delante de Dios en justicia y pureza”.

Somos renacidos a una vida nueva, y la retenemos con el contacto continuo con la palabra, la misma palabra por la cual recibimos esa vida. “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor”.

¿Ha encontrado usted consuelo y perdón en la palabra de Dios? ¿Ha tenido el gozo de conocer al Hijo de Dios como su Salvador? ¿Ha visto cuán gran don es la vida nueva que tenemos en él? ¿Ha llenado su corazón la seguridad de que Dios es un Dios de amor y misericordia, que le amó hasta tal punto de sacrificar a su propio Hijo por Ud., sólo porque él quiere darte a ti la vida? ¿Ha gustado la benignidad del Señor? ¿Ha aprendido a decir con convicción: “Dad gracias al Señor, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia”?

¿Dónde aprendió todo eso sino en la palabra de Dios? Ésta es la leche espiritual que alimenta nuestra vida nueva de amor para con su Salvador, y para con el prójimo, su creación amada. ¿Cómo desea el niño recién nacido la leche? Lloro y lo pide hasta estar satisfecho. Ningún sustituto lo satisface, porque ésa es su necesidad para crecer, para quedar en buena salud. Es el alimento de los niños. Sin esto, mueren.

La palabra de Dios. Leche espiritual. Nuestra única necesidad. Sin esto morimos. Pero si hemos gustado la benignidad del Señor en su palabra, ¿no volveremos a la fuente?

Allí aprendemos a confiar en Dios, no en nosotros mismos. Que Dios provee. Que todo les ayuda a bien. Así aprendemos que si estamos con Dios tendremos lo que necesitamos, y ya no tendremos que ver al prójimo como a un enemigo o amenaza.

Cada vez que andamos en malicia, engaño, envidia, detracciones, es porque no confiamos que Dios nos cuida y nos ama. Hemos gustado la bondad del Señor. Que continuemos en sus palabras para confiar más y más en él sobre todas las cosas. Así tendremos buena salud espiritual, y creceremos para salvación. Amén.